

Estando cerca los duelos de la Semana Santa, cuando con desigual entusiasmo los católicos españoles se prestaban a conmemorar los sangrientos episodios de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, dos noticias surgieron y se extinguieron juntas en el fugaz destello de la actualidad informativa.

En una choza alejada de todo bullicio, en el distrito irlandés de Co Donegal, fue encontrado sin vida el cuerpo de un hurraño y envejecido héroe nacionalista. Denis Donaldson, compañero carcelario del legendario Bobby Sands, jefe del aparato administrativo del Sinn Fein en el Parlamento de Stormont y colaborador cercano al líder republicano Gerry Adams, fue asesinado de un tiro y casi nadie evitó vincular el crimen a una inesperada y lacónica confesión. Mientras parecía irse encauzando el proceloso plan de paz y desarme irlandés, Donaldson tomó la decisión de sorprender al mundo —y a sus atónitos camaradas— reconociendo que a pesar de su ejemplar trayectoria de lucha y sacrificio nunca había sido más que un agente de la Corona Británica, un infiltrado a sueldo de los servicios de espionaje inglés.

Es insondable la consternación que sus palabras causaron entre los seguidores de la causa republicana y tremenda la doble humillación sufrida al calcular cuántas veces habrían sido traicionados por uno de sus dirigentes.

Por las mismas fechas, la sociedad National Geographic anunciaba la inminente publicación de un papiro escrito en lengua copta hace 1.800 años y conservado en el fondo de una cueva hasta su descubrimiento en 1970. Después de pasar por las codiciosas manos de sucesivos traficantes de

Besad en la mejilla al traidor

BASILIO BALTASAR

antigüedades, el manuscrito ha sido nuevamente rescatado y puesto a disposición del equipo suizo encargado de su transcripción y traducción. A su director, el anciano profesor Rodolphe Kasser, le ha correspondido el privilegio

de restaurar un documento que se daba por perdido.

Tratados por la Iglesia Católica como herejes, y sometidos por ello a la suerte que les tenían preparada, los autores del sorprendente *Evangelio de Judas*, conde-

nados por la doble afrenta de ensalzar a un traidor y suicida, descubrieron en Judas al predilecto y mejor informado amigo de Jesús. El más generoso y valiente de los apóstoles.

El encuentro de estos persona-

jes —Donaldson y Judas— ha durado poco en la azarosa compaginación de los periódicos, pero el juego de simetrías entre la felonía del traidor disfrazado de patriota y el sacrificio del amigo disfrazado de traidor enriquece el significado de una figura que nos habíamos limitado a denostar.

La *invención* del traidor y su vitalidad a lo largo de nuestro ciclo cultural es algo que llamamos poderosamente la atención de Jorge Luis Borges. Tanto que en 1944 el escritor argentino incluyó en su volumen *Artificios* dos cuentos dedicados precisamente a los asuntos que ahora publica la prensa: la traición en la epopeya nacional irlandesa y la especulación sobre la verdadera naturaleza de Judas.

En el *Tema del traidor y del héroe*, con la avara y elegante economía de recursos narrativos que le hizo célebre (más que cuentos, sus ficciones son menciones), Borges cuenta el secreto del heroico y bello asesinado Fergus Kilpatrick. Un dirigente audaz admirado por su arrojo y carisma pero finalmente descubierto como el delator que ponía a sus propios hombres en manos del enemigo.

Una vez superada la congoja que agobia a los jefes republicanos, el traidor es condenado a muerte. Aunque para evitar los males derivados de la verdad se le concede la gracia de morir asesinado como el patriota que dijo haber sido. Kilpatrick pasa luego a la historia como un mártir de la causa.

El enigma de la complicidad entre credulidad y engaño se prolonga en el cuento que Borges dedica al fundador de la traición, al patrón de los delatores. En *Tres versiones de Judas* nuestro autor elabora unas hipótesis alternativas a la lectura devota del

Pasa a la página siguiente

MÁXIMO



Qué ha ido mal en Estados Unidos

DOMINIQUE MOISI

La edición más reciente de la Encuesta Pew sobre Actitudes Globales demuestra que las opiniones favorables hacia Estados Unidos han caído nuevamente en 12 de los 15 países en los que se ha realizado, un triste reflejo de la pérdida de imagen de un país. ¿Cómo puede Estados Unidos recuperar la legitimidad internacional? Éste es probablemente uno de los retos más importantes para el mundo actual, porque Estados Unidos conserva un poder único que debería usarse —y percibirse— como fuerza del bien si queremos que prevalezca la estabilidad mundial. Casi dos décadas después de la desaparición del imperio soviético, destaca la sensación reinante de oportunidades perdidas. Estados Unidos tuvo al final de la guerra fría la oportunidad única de usar su superioridad benévola e ilustrada para establecer un orden internacional mejor. Pero, por una mezcla de razones políticas y personales, perdió tiempo bajo las dos legislaturas de Bill Clinton.

En efecto, durante este “momento unipolar” necesariamente breve y frágil, Clinton probablemente intuyó cuáles deberían ser las nuevas responsabilidades de Estados Unidos, pero no las plasmó. La derrota de los demócratas en las elecciones parciales de 1994, seguida del escándalo de Monica Lewinsky, dificultaron la eficacia de uno de los presidentes más enérgicos y dotados de Estados Unidos. El fracaso quedó ejemplificado en la incapacidad para imponer un acuerdo de paz

a palestinos e israelíes en 2000. Por el contrario, George W. Bush no perdió el tiempo. Hizo algo peor: sencillamente tomó el giro equivocado, y lo tomó *antes del 11-S*, un suceso traumático que reforzó, pero no engendró, la visión maniquea que Estados Unidos tiene de sí mismo y de su papel en el mundo. Tres ejemplos recientes ilustran qué ha ido mal en Estados Unidos, la pérdida de su prestigio único, y su creciente imagen en el mundo de fuerza partidista y poco ética, si no desestabilizadora.

Pensemos, en primer lugar, en el reciente acuerdo nuclear firmado entre Estados Unidos e India. En términos estrictamente jurídicos, no hay nada de malo en él, dado que India no ha firmado el Tratado de No Proliferación Nuclear. Pero desde los puntos de vista psicológico y político sólo podía percibirse que el acuerdo firmado legítima las ambiciones nucleares de Irán, por no mencionar las de Corea del Norte. Es la prueba suprema de que el Gobierno de Bush no cree en las normas universales. A un país “bueno” lo

tratan con extrema indulgencia, mientras que a un país “malo”, no. Guantánamo, Abu Ghraib y otros escándalos recientes de crímenes de guerra han hecho un daño mucho peor al renombre de Estados Unidos. Regímenes que incumplen sistemáticamente los derechos humanos se han apresurado a sacarle partido a cada episodio de infracciones estadounidenses. Con su propio expediente de derechos humanos en tela de juicio, Estados Unidos, que en el mundo de posguerra era el *profesor* democrático, se encuentra en una posición mucho más débil para dar lecciones y establecer criterios. Y la apariencia de hipocresía no acaba ahí. En una época en la que “democracia” y “democratización” se han convertido en consignas de la política exterior estadounidense, la normalización de las relaciones diplomáticas con la Libia de Gadafi, por no mencionar la indulgencia con Egipto y Arabia Saudí, difícilmente elevan la credibilidad de Estados Unidos.

En términos generales, el contraste entre lo que Estados Uni-

do dice y lo que hace es manifiesto. En febrero de 2005, en un gran discurso pronunciado en París tras su primer viaje al extranjero como secretaria de Estado, Condoleezza Rice hizo saber la ambición de Estados Unidos en el mundo. Dijo básicamente lo siguiente: “La función del mundo es mejorar el mundo. Estados Unidos, el país más poderoso y ético del mundo, tiene una responsabilidad única que cumplir”. Dieciocho meses después, los resultados se han quedado muy lejos del objetivo. Por el contrario, los fracasos de la política estadounidense han contribuido a reducir más la legitimidad de su poder. A pesar de la reciente muerte de Al Zaraqai en Irak, la situación allí, y en Afganistán, no justifica el optimismo que mantiene el Gobierno de Bush. A medida que la legitimidad estadounidense disminuye, nuevos actores van apareciendo en la escena mundial, o volviendo para repetir. Hoy, Rusia y China no sólo están unidos por sus acuerdos energéticos, sino también por la convicción de que ha llegado su

momento, y de que el mundo lo necesita más de lo que ellos necesitan al mundo, en especial Estados Unidos.

Desde el punto de vista estratégico, la menguante influencia de una Europa paralizada también es una mala noticia para Estados Unidos. Éste necesita ahora más que nunca aliados, porque el mundo está volviendo al estado multipolar de antes de la guerra. Por supuesto, dada la superioridad militar objetiva estadounidense, yo lo llamaría “multipolaridad asimétrica”. Pero Estados Unidos ya no es el país que otros aspiran a emular, o al que miran en busca de liderazgo mundial. Es demasiado pronto para despachar a Estados Unidos y proclamar el fin de un momento imperial. Estados Unidos conserva cualidades exclusivas, en especial su capacidad para reaccionar. El próximo presidente o presidenta estadounidense debería ser capaz de aprovechar el optimismo, pragmatismo y activismo básicos de sus compatriotas. Pero a él o ella se le hará muy cuesta arriba demostrar al mundo que su país puede ser una fuerza del bien, un faro democrático que se preocupa por el planeta y que acata los criterios que establece para los demás.

Dominique Moisi, fundador y asesor jefe del Instituto Francés para Relaciones Internacionales (IFRI), es actualmente catedrático del College of Europe, en Natolin, Varsovia.

Traducción de News Clips.

© Project Syndicate, 2006.

